

NEW LEFT REVIEW 86

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2014

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Anexiones 5

ENTREVISTA

SULEIMAN MOURAD Los enigmas del libro 16

ARTÍCULOS

NANCY FRASER Tras la morada oculta de Marx 57
ROBIN BLACKBURN Acerca de Stuart Hall 77

SIMPOSIO

PETER DEWS ¿Nietzsche para perdedores? 99
RAYMOND GEUSS Sistemas, valores, igualdad 117
KENTA TSUDA ¿Una comunidad vacía? 128
MALCOLM BULL La política de la caída 137

CRÍTICA

ROB LUCAS Xanadú como Falansterio 149
CHRISTOPHER PRENDERGAST A través del «entre» 159
ANDERS STEPHANSON Un monumento a sí mismo 168

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

NANCY FRASER

TRAS LA MORADA OCULTA DE MARX

Por una concepción ampliada del capitalismo

EL CAPITALISMO HA vuelto! Tras décadas en las que apenas se encontraba el término fuera de los escritos de pensadores marxistas, comentaristas de diversas tendencias se preocupan ahora abiertamente por su sostenibilidad, pensadores de todas las escuelas se apresuran a sistematizar críticas contra él y activistas de todo el mundo se movilizan en oposición a las prácticas del mismo*. La vuelta del «capitalismo» es, ciertamente, un cambio de agradecer, un marcador cristalino, por si hacía falta alguno, de la profundidad de la crisis actual y de la necesidad generalizada de darle a esta una explicación sistemática. Lo que indica todo este debate sobre el capitalismo, sintomáticamente, es la creciente intuición de que los heterogéneos males –financieros, económicos, ecológicos, políticos, sociales– que nos rodean pueden atribuirse a una raíz común; y que las reformas que no aborden las bases estructurales profundas de estos males están destinadas al fracaso. El renacimiento del término señala, de igual modo, el deseo en muchos sectores de efectuar un análisis capaz de aclarar las relaciones entre las dispares luchas sociales de nuestro tiempo, y capaz de fomentar una cooperación estrecha, si no una plena unificación, de sus corrientes progresistas más avanzadas en un bloque antisistémico. El presentimiento de que el capitalismo podría aportar la categoría central de dicho análisis es acertado.

* Estos argumentos se elaboraron en conversación con Rahel Jaeggi y aparecerán en nuestro libro *Crisis, Critique, Capitalism*, que pronto saldrá editado en Polity. Gracias a Blair Taylor por ayudarme en la investigación y al Centre for Gender Studies (Cambridge), el Collège d'Études Mondiales, el Forschungskolleg Humanwissenschaften y el Centre for Advances Studies «Justitia Amplificata» por su apoyo.

El actual auge del debate sobre el capitalismo sigue siendo, no obstante, en gran medida retórico, no tanto una contribución sustancial a la crítica sistemática como un síntoma del deseo de que se efectúe dicha crítica. Gracias a décadas de amnesia social, generaciones enteras de activistas y estudiosos más jóvenes se han convertido en avanzados expertos en análisis del discurso, al tiempo que conservan una completa inocencia en lo referente a las tradiciones de la *Kapitalkritik*. Solo ahora empiezan a preguntarse cómo podría efectuarse esta hoy en día para aclarar la coyuntura actual. Sus «mayores», veteranos de anteriores eras de fermento anticapitalista que podrían haberles proporcionado cierta guía, mantienen sus propias anteojeras. No han conseguido, a pesar de las buenas intenciones profesadas, incorporar sistemáticamente a sus interpretaciones del capitalismo las ideas aportadas por el feminismo, el poscolonialismo y el pensamiento ecológico.

El resultado es que estamos atravesando una crisis capitalista de gran gravedad, sin una teoría crítica capaz de aclararla adecuadamente. Es cierto que la crisis actual no encaja en los modelos habituales que hemos heredado: tiene múltiples dimensiones, y no solo abarca la economía oficial, incluidas las finanzas, sino también fenómenos «no económicos» como el calentamiento planetario, las «carencias de cuidado» y el vaciado del poder público en todas las escalas. Pero los modelos de crisis heredados tienden a centrarse exclusivamente en los aspectos económicos, a los que dan prioridad sobre otros factores, aislándolos de ellos. De manera igualmente importante, la crisis actual está generando novedosos principios elementales y nuevas configuraciones políticas del conflicto social. Las luchas en torno a la naturaleza, la reproducción social y el poder público son elementos centrales de esta constelación, involucrando múltiples ejes de desigualdad, incluida la nacionalidad/raza-etnia, la religión, la sexualidad y la clase. También a este respecto, sin embargo, los modelos teóricos heredados nos defraudan, porque siguen dando prioridad a los enfrentamientos relacionados con el trabajo en el punto de producción.

En general carecemos, por lo tanto, de concepciones del capitalismo y de la crisis capitalista adecuadas para nuestro tiempo. Mi objetivo en este ensayo es sugerir una senda que remedie esta laguna. La senda nos conduce por el pensamiento de Karl Marx, cuya interpretación del capitalismo propongo reexaminar con ese objetivo en mente. El pensamiento de Marx tiene mucho que ofrecer a modo de recursos conceptuales

generales; y está en principio abierto a estos intereses más amplios. Pero no tiene en cuenta sistemáticamente el género, la ecología o el poder político como poderes estructuradores y ejes de desigualdad en las sociedades capitalistas, y mucho menos como embites y premisas de la lucha social. De ese modo es necesario reconstruir sus mejores conclusiones desde estas perspectivas. En el presente artículo, por lo tanto, mi estrategia es observar primero a Marx y después *detrás* de él, con la esperanza de arrojar nueva luz sobre viejas cuestiones: ¿qué es exactamente el capitalismo, y cómo se conceptúa mejor? ¿Deberíamos considerarlo un sistema económico, una forma de vida ética o un orden social institucionalizado? ¿Cómo deberíamos caracterizar sus «tendencias a la crisis», y dónde deberíamos situarlas?

Rasgos definitorios

Para abordar estas cuestiones, empezaré por recordar las que Marx consideraba cuatro características fundamentales del capitalismo. Mi enfoque parecerá a primera vista, por consiguiente, muy ortodoxo, pero pretendo «desortodoxizarlo» mostrando cómo estas características presuponen otras que constituyen de hecho las condiciones de posibilidad de fondo. Mientras que Marx buscaba tras la esfera del intercambio, en la «morada oculta» de la producción, para descubrir los secretos del capitalismo, yo buscaré las condiciones de posibilidad de la producción que hay tras esa esfera, en ámbitos aún más ocultos. Para Marx, el primer rasgo definitorio del capitalismo es la propiedad privada de los medios de producción, que presupone una división de clase entre los propietarios y los productores. Esta división surge como resultado de la descomposición de un mundo social previo en el que la mayoría de las personas, aun en diferentes situaciones, tenía acceso a los medios de subsistencia y a los medios de producción; acceso, en otras palabras, a comida, vivienda y vestimenta, y a herramientas, tierra y trabajo, sin tener que pasar por los mercados de trabajo. El capitalismo anuló decisivamente este estado de cosas. Cercó los terrenos comunitarios, abrogó los derechos de uso tradicionales de la mayoría y transformó los recursos compartidos en propiedad privada de una pequeña minoría.

Esto conduce directamente a la segunda característica fundamental de Marx, el mercado de trabajo libre, porque los demás —es decir, la enorme mayoría— tienen ahora que efectuar una danza muy peculiar, que les permita trabajar y obtener lo que necesitan para seguir viviendo y criar

a sus hijos. Vale la pena señalar lo extraña, lo «antinatural», lo históricamente anómala y específica que es esta institución del mercado de trabajo libre. Los trabajadores son «libres» aquí en un doble sentido. Primero, en cuanto a condición jurídica –no esclavizados, serviles, vinculados o ligados de modo alguno a un lugar dado o a un amo determinado– y, por lo tanto, móviles y aptos para firmar un contrato de trabajo. Pero en segundo lugar, «libres» del acceso a los medios de subsistencia y a los medios de producción, incluidos los derechos de uso tradicionales de la tierra y las herramientas, y por consiguiente, privados de los recursos y los derechos que podrían permitirles abstenerse de entrar en el mercado de trabajo.

Le sigue la danza igualmente extraña del valor autoexpandido, que es la tercera característica fundamental de Marx. La peculiaridad del capitalismo es que tiene un impulso sistémico objetivo o una direccionalidad: a saber, la acumulación de capital. En principio, de acuerdo con ello, todo lo que los propietarios hacen en cuanto capitalistas está dirigido a ampliar su capital. Como los productores, también ellos se sitúan bajo una compulsión sistémica peculiar. Y los esfuerzos de todos por satisfacer sus necesidades son indirectos, están dirigidos a algo distinto que asume la prioridad: un imperativo dominante e inscrito en un sistema impersonal, la propia tendencia del capital a la autoexpansión indefinida. Marx es brillante en este punto. En una sociedad capitalista, dice, el propio capital se convierte en Sujeto. Los seres humanos son sus peones, reducidos a adivinar cómo pueden conseguir lo que necesitan en los intersticios, alimentando a la bestia.

La cuarta característica específica es la función distintiva de los mercados en la sociedad capitalista. Los mercados han existido durante toda la historia humana, incluidas las sociedades no capitalistas. Su funcionamiento en el capitalismo, sin embargo, se distingue por otras dos características. En primer lugar, sirven en la sociedad capitalista para asignar los principales insumos a la producción de mercancías. Entendidos por la economía política burguesa como «factores de producción», estos insumos fueron originalmente identificados como la tierra, el trabajo y el capital. Además de utilizar los mercados para asignar el trabajo, el capitalismo los usa también para asignar las propiedades inmuebles, los bienes de capital, las materias primas y el crédito. En la medida en que asigna estos insumos productivos mediante mecanismos de mercado, el capitalismo los transforma en mercancías. Es, en la interesante expresión de Piero Sraffa, un sistema para la «producción de mercancías por

medio de mercancías», aunque también descansa, como veremos, sobre un fondo de no-mercancías¹.

Pero los mercados asumen también otra función clave en la sociedad capitalista: determinan cómo se invertirá el *excedente* de la sociedad. Por excedente Marx entendía el fondo colectivo de energías sociales que exceden a las necesarias para reproducir una forma de vida dada y para reabastecer lo que se usa en el transcurso de esa vida. Cómo usa una sociedad sus capacidades de excedente es algo absolutamente central, y suscita cuestiones fundamentales acerca de cómo quieren vivir las personas –dónde prefieren invertir sus energías colectivas, cómo se proponen equilibrar el «trabajo productivo» con la vida familiar, el ocio y otras actividades– y cómo aspiran a relacionarse con la naturaleza no humana y qué pretenden dejarles a las generaciones futuras. Las sociedades capitalistas tienden a dejar dichas decisiones a las «fuerzas del mercado». Quizá esta sea su característica más perversa y de mayores consecuencias: esta entrega de los asuntos más importantes a un aparato para calcular el valor monetizado. Está estrechamente relacionada con nuestra tercera característica fundamental, la direccionalidad inherente pero ciega del capital, el proceso autoexpansivo por el cual se constituye a sí mismo en el sujeto de la historia, desplazando a los seres humanos que lo han creado y convirtiéndolos en servidores suyos.

Al resaltar estas dos funciones de los mercados pretendo contrarrestar la extendida opinión de que el capitalismo promueve una mercantilización siempre creciente de la vida propiamente dicha. Esa opinión conduce, pienso, al callejón sin salida de las fantasías distópicas sobre un mundo totalmente mercantilizado. Unas fantasías que no solo pasan por alto los aspectos emancipadores de los mercados, sino también el hecho, resaltado por Immanuel Wallerstein, de que el capitalismo ha operado a menudo sobre la base de familias «semiproletarizadas». En estas soluciones, que permiten a los propietarios pagar menos a los trabajadores, muchas familias obtienen una porción significativa de su sustento de fuentes distintas de los salarios en efectivo, incluido el autoaprovisionamiento (el huerto, la costura), la reciprocidad informal (ayuda mutua, transacciones en especie) y las transferencias estatales (prestaciones de

¹ Piero Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities: Prelude to a Critique of Economic Theory*, Cambridge, 1960 [ed. cast.: *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, Oikos-tau, 1982].

bienestar social, servicios sociales, bienes públicos)². Dichas soluciones dejan una porción significativa de actividades y mercancías fuera del ámbito de funcionamiento del mercado. No son meros vestigios residuales de tiempos precapitalistas; y tampoco están a punto de desaparecer. Eran intrínsecos al fordismo, que solo logró promover el consumismo de la clase trabajadora en los países del núcleo por medio de familias semiproletarizadas que combinaban el empleo masculino con la dedicación femenina a la casa, e inhibiendo el consumo de mercancías en la periferia. La semiproletarización es incluso más pronunciada en el neoliberalismo, que ha construido toda una estrategia de acumulación expulsando a miles de millones de personas de la economía formal hacia zonas grises informales de las que el capital extrae valor. Como veremos, esta especie de «acumulación primitiva» es un proceso continuo del que el capital se beneficia y en el que se basa.

Lo importante, por lo tanto, es que aspectos mercantilizados de las sociedades capitalistas coexisten con aspectos no mercantilizados de las mismas. Y no se trata de un evento fortuito o una contingencia empírica, sino de un rasgo que forma parte del ADN del capitalismo. «Coexistencia» es, de hecho, un término demasiado débil para captar la relación entre aspectos mercantilizados y aspectos no mercantilizados de una sociedad capitalista. Una expresión más adecuada sería la de «imbricación funcional» o, más firme aún, aunque más simple, «dependencia»³. Los mercados dependen para su propia existencia de relaciones sociales no mercantilizadas, que proporcionan las condiciones de posibilidad de fondo.

Condiciones de fondo

Hasta el momento he ido elaborando una definición bastante ortodoxa del capitalismo, basada en cuatro características clave que parecen ser «económicas». He seguido, de hecho, a Marx al mirar por detrás del sentido común, que se centra en el intercambio mercantil, y observar la «morada oculta» de la producción. Ahora quiero, sin embargo, observar detrás de esa morada oculta, para ver lo que está aún más oculto. Lo que yo afirmo es que la explicación que Marx ofrece de la producción

² Immanuel Wallerstein, *Historical Capitalism*, Londres, 1983, p. 39 [ed. cast.: *El capitalismo histórico*, Madrid y México DF, Siglo XXI, 1988].

³ Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Nueva York, 2002 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1989]; Nancy Fraser, «Can Society Be commodities All the Way Down?», *Economy and Society*, vol. 43, 2014.

capitalista solo tiene sentido cuando empezamos a introducir sus condiciones de posibilidad de fondo. La siguiente pregunta será, por lo tanto: ¿qué debe existir detrás de estas características fundamentales para hacerlas posibles? El propio Marx plantea una pregunta de este tipo casi al final del primer volumen de *El capital*, en el capítulo dedicado a la denominada acumulación «primitiva» u originaria⁴. ¿De dónde viene el capital?, pregunta. ¿Cómo comenzó a existir la propiedad privada de los medios de producción, y cómo pasaron los productores a quedar separados de dichos medios? En los capítulos anteriores, Marx había puesto al descubierto la lógica económica del capitalismo haciendo abstracción de sus condiciones de posibilidad previas, que se asumían como algo simplemente dado. Pero resultó que había todo un relato subyacente en la procedencia del capital, una historia muy violenta de desposesión y expropiación. Este relato subyacente, como ha resaltado David Harvey, no está situado solo en el pasado, en los «orígenes» del capitalismo⁵. La expropiación es un mecanismo de acumulación continuo, aunque no oficial, que se mantiene junto al mecanismo oficial de explotación, junto al «relato aparente» de Marx, por así decirlo.

Este movimiento, desde el relato aparente de la explotación al relato subyacente de la expropiación, constituye un enorme cambio epistémico, que ilumina de manera muy distinta todo lo acaecido con anterioridad. Es análogo al movimiento que Marx hace antes, casi al comienzo del volumen I, cuando nos invita a dejar atrás la esfera del intercambio de mercado, y la perspectiva de sentido común burgués con la que se asocia, para alcanzar la morada oculta de la producción, lo cual nos permite adoptar una perspectiva más crítica. Como resultado de ese primer movimiento, descubrimos un sucio secreto: la acumulación se logra mediante la explotación. El capital, en otras palabras, no se expande a través del intercambio de equivalentes, como la perspectiva del mercado sugiere, sino precisamente a través de su opuesto: la no compensación de una porción del tiempo de trabajo de los obreros. De modo similar, cuando pasamos de la explotación a la expropiación, al final del volumen, descubrimos un secreto aún más sucio: tras la coerción sublimada del trabajo asalariado, radican la violencia palpable y el robo descarado. Dicho de otra manera, la larga elaboración de la lógica económica del capitalismo,

⁴ Karl Marx, *Capital*, vol. I, Londres, 1976, pp. 873-876 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1976, libro I tomo III, pp. 197-201].

⁵ David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, 2003, pp. 137-182 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, col. «Cuestiones de antagonismo», Ediciones Akal, 2004].

que constituye la mayor parte del volumen I, no es la última palabra. Va seguida por otro movimiento a una perspectiva distinta, la de la desposesión. Este movimiento hacia lo que hay tras la «morada oculta» es también un movimiento hacia la historia, y a lo que yo he denominado las «condiciones de posibilidad» de fondo para la explotación.

Posiblemente haya, sin embargo, otros giros epistémicos implicados en la explicación que Marx da del capitalismo, igualmente importantes pero no desarrollados por él. Estos movimientos, a moradas incluso más ocultas, no están aún conceptualizados. Debemos escribirlos en nuevos volúmenes de *El capital*, por así decirlo, si queremos desarrollar una interpretación adecuada del capitalismo en el siglo XXI. Uno es el giro epistémico de la producción a la reproducción social: las formas de aprovisionamiento, atención e interacción que producen y sostienen los vínculos sociales. Denominada de diversas maneras, como «cuidado», «trabajo afectivo» o «subjetivación», esta actividad forma los sujetos humanos del capitalismo, sosteniéndolos como seres naturales personificados, al tiempo que los constituye en seres sociales, formando su *habitus* y la sustancia socioética, o *Sittlichkeit*, en la que se mueven. Central a este respecto es el trabajo de socializar a los jóvenes, construyendo comunidades, produciendo y reproduciendo los significados compartidos, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sostienen la cooperación social. En las sociedades capitalistas, buena parte de esta actividad, aunque no toda, se efectúa fuera del mercado, en las familias, los barrios y en toda una hueste de instituciones públicas, incluidos colegios y guarderías; y buena parte de ella, aunque no toda, no adopta la forma de trabajo remunerado. Pero la actividad reproductiva de lo social es absolutamente necesaria para la existencia de trabajo remunerado, la acumulación de plusvalor y el funcionamiento del capitalismo propiamente dicho. El trabajo remunerado no podría existir en ausencia del trabajo doméstico, la crianza de los hijos, la enseñanza, la educación afectiva y toda una serie de actividades que ayudan a producir nuevas generaciones de trabajadores y reponer las existentes, además de mantener los vínculos sociales y las interpretaciones compartidas. De igual modo que la «acumulación originaria», por lo tanto, la reproducción social es una condición previa indispensable para la posibilidad de producción capitalista.

Estructuralmente, además, la división entre reproducción social y producción de mercancías es fundamental para el capitalismo; de hecho, es una herramienta del mismo. Como cientos de teóricas feministas han resaltado, la distinción es profundamente sexista, de forma tal que la

reproducción está asociada a las mujeres y la producción, a los hombres. Históricamente, la división entre trabajo «productivo» remunerado y trabajo «reproductivo» no remunerado ha sostenido las modernas formas capitalistas de subordinación de las mujeres. Como la existente entre propietarios y trabajadores, también esta división descansa en la descomposición de un mundo previo. En este caso, lo destruido fue un mundo en el que el trabajo de las mujeres, aunque distinto del de los hombres, era, no obstante, visible y públicamente reconocido, una parte integrante del universo social. Con el capitalismo, por el contrario, el trabajo reproductivo se desgaja y queda relegado a una esfera doméstica «privada» y separada en la que su importancia social queda oscurecida. Y en este nuevo mundo, en el que el dinero es un medio de poder fundamental, el hecho de que sea no remunerado sella la cuestión: quienes hacen este trabajo están estructuralmente subordinadas a quienes reciben salarios en efectivo, aunque su trabajo también proporcione las necesarias condiciones previas para el trabajo remunerado.

Lejos de ser universal, por lo tanto, la división entre producción y reproducción surgió históricamente, con el capitalismo. No fue, sin embargo, algo que se diese por las buenas y de una vez por todas. Por el contrario, la división ha mutado históricamente, adoptando distintas formas en diferentes fases del desarrollo capitalista. En el siglo xx, algunos aspectos de la reproducción social fueron transformados en servicios públicos y bienes públicos, desprivatizados, pero no mercantilizados. Hoy, la división está mutando de nuevo, puesto que el neoliberalismo (re)privatiza y (re)mercantiliza algunos de estos servicios, al tiempo que también mercantiliza por primera vez otros aspectos de la reproducción social. Al exigir la reducción de los subsidios públicos y al mismo tiempo atraer masivamente a las mujeres al trabajo en servicios mal remunerados, además, está redibujando los límites institucionales que anteriormente separaban la producción de mercancías de la reproducción social y, de ese modo, reconfigurando en ese mismo proceso el orden de género. De manera igualmente importante, al lanzar un gran ataque contra la reproducción social, está convirtiendo esta condición de fondo para la acumulación de capital en un importante punto crítico de las crisis capitalistas.

Naturaleza y poder

Pero deberíamos considerar también otros dos giros igualmente fundamentales en la perspectiva epistémica, que nos dirigen a otras moradas

ocultas. El primero está mejor representado en el trabajo de los pensadores ecosocialistas, que en la actualidad describen otro relato subyacente sobre el atropello de la naturaleza por parte del capitalismo. Este relato hace referencia a la anexión de la naturaleza –su *Landnahme*– al capital, que la utiliza como fuente de «insumos» para la producción y como «basurero» para absorber los residuos de esta. La naturaleza se convierte aquí en un recurso para el capital, cuyo valor se presupone y niega al mismo tiempo. Tratada como algo gratuito en las cuentas del capital, es expropiada sin compensación ni reposición, y se asume implícitamente que se trata de algo infinito. De ese modo, la capacidad de la naturaleza para soportar vida y renovarse constituye otra condición de fondo necesaria para la producción de mercancías y la acumulación de capital.

El capitalismo asume estructuralmente –inaugura, de hecho– una profunda división entre un ámbito natural, concebido como oferta de «materia prima» gratuita, no producida y disponible para su apropiación, y un ámbito económico, concebido como una esfera de valor, producida por y para los seres humanos. Junto con esto se da un endurecimiento de la distinción preexistente entre la naturaleza humana –considerada espiritual, sociocultural e histórica– y la no humana, considerada material, objetivamente dada y ahistórica. La agudización de esta distinción descansa, también, en la descomposición de un mundo anterior, en el que los ritmos de la vida social estaban en muchos aspectos adaptados a los de la naturaleza no humana. El capitalismo separó brutalmente a los seres humanos de los ritmos naturales, estacionales, asignándolos a la fabricación industrial, posibilitada por los combustibles fósiles, y a la agricultura comercial, inflada por los fertilizantes químicos. Introduciendo lo que Marx denominó una «brecha metabólica», inauguró lo que ahora se denomina el Antropoceno, una era geológica completamente nueva en la que la actividad humana tiene un impacto decisivo sobre los ecosistemas y la atmósfera de la Tierra⁶.

Surgida con el capitalismo, también esta división ha mutado en el transcurso de la evolución capitalista. La actual fase neoliberal ha inaugurado una nueva ronda de cercamientos –la mercantilización del agua, por ejemplo– que están situando «más parte de la naturaleza» (si podemos

⁶ Karl Marx, *Capital*, vol. III, Nueva York, 1981, pp. 949-950 [ed. cast.: *El capital*, cit., libro III, tomo III, pp. 272-273]; John Bellamy Foster, «Marx's Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations of Environmental Sociology», *American Journal of Sociology*, vol. 105, núm. 2, septiembre de 1996.

hablar de ese modo) en el primer plano económico. Al mismo tiempo, el neoliberalismo promete borrar el límite naturaleza/humano: por ejemplo, las nuevas tecnologías reproductivas y los «cíborgs» de Donna Haraway⁷. Lejos de ofrecer una «reconciliación» con la naturaleza, sin embargo, estas evoluciones intensifican la mercantilización y la aneación de esta por parte del capitalismo. A diferencia de los cercamientos de tierras sobre los que escribieron Marx y Polanyi, que «meramente» mercantizaron fenómenos naturales ya existentes, los nuevos cercamientos penetran profundamente «dentro de» la naturaleza, alterando sus principios elementales internos. Por último, el neoliberalismo está mercantizando el ecologismo, véase, si no, el potente comercio de permisos e intercambios de carbono y de «derivados medioambientales», que alejan al capital de la inversión a largo plazo y a gran escala necesaria para transformar formas de vida insostenibles, basadas en los combustibles fósiles. Sobre el telón de fondo del calentamiento planetario, ese asalto a lo que queda de los bienes comunes ecológicos está convirtiendo la condición natural de la acumulación de capital en otro nudo central de las crisis capitalistas.

Consideremos por último otro giro epistémico importante, que apunta a las condiciones de posibilidad políticas del capitalismo: su dependencia respecto a unos poderes públicos que establezcan y refuercen sus normas constitutivas. El capitalismo es inconcebible, después de todo, sin un marco legal que sostenga la empresa privada y el intercambio de mercado. Su relato aparente depende crucialmente de que los poderes públicos garanticen los derechos de propiedad, hagan cumplir los contratos, arbitren disensiones, repriman las rebeliones anticapitalistas y sostengan, en el lenguaje de la Constitución estadounidense, «toda la fe y el crédito» de la oferta monetaria que constituye el alma del capital. Históricamente, los poderes públicos en cuestión han estado albergados principalmente en los Estados territoriales, incluidos aquellos que operaban como potencias coloniales. Eran los sistemas jurídicos de dichos Estados los que establecían los contornos de espacios en apariencia despolitizados dentro de los cuales los actores privados podían defender sus intereses «económicos», libres de una interferencia «política» abierta, por una parte, y de las obligaciones de patrocinio derivadas del parentesco, por la otra. Fueron, de modo similar, los Estados territoriales los

⁷ Donna Haraway, «A Cyborg Manifesto: Science, Technology and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century», en *Socialist Review* 80, 1985.

que movilizaron la «fuerza legítima» para reprimir la resistencia a las expropiaciones por las cuales se originaron y sostuvieron las relaciones de propiedad capitalistas. Por último, fueron dichos Estados los que nacionalizaron y garantizaron el dinero⁸. Históricamente, podríamos decir, el Estado «constituyó» la economía capitalista.

A este respecto, encontramos otra gran división estructural constitutiva de la sociedad capitalista: la que se da entre organización política y economía. Con esta división se produce la diferenciación institucional entre el poder público y el privado, entre la coerción política y la económica. Como las otras divisiones fundamentales que hemos analizado, también esta surge como resultado de la descomposición de un mundo previo. Lo desmantelado en este caso fue un mundo social en el que el poder económico y el político estaban efectivamente fundidos, como, por ejemplo, en la sociedad feudal, en la que el control sobre el trabajo, la tierra y la fuerza militar estaba conferido a la única institución de señorío y vasallaje. En la sociedad capitalista, por contraste, como de manera elegante ha demostrado Ellen Wood, el poder económico y el poder político están separados; a cada uno se le asigna su propia esfera, su propio medio y su *modus operandi*⁹. Pero el relato aparente del capitalismo tiene también condiciones de posibilidad políticas en el plano geopolítico. Lo que está en cuestión aquí es la organización del espacio más amplio en el que los Estados territoriales están insertos. Se trata de un espacio en el que el capital se mueve con mucha facilidad, dada su tendencia expansionista. Pero la capacidad para operar entre fronteras depende del derecho internacional, acuerdos negociados entre las grandes potencias y regímenes supranacionales que pacifican parcialmente (y de modo afín al capital) un ámbito a menudo imaginado como un estado de naturaleza. A lo largo de su historia, el relato aparente del capitalismo ha dependido de las capacidades militares y organizativas de una sucesión de potencias hegemónicas planetarias que, como sostenía Giovanni Arrighi, han pretendido potenciar la acumulación en una escala progresivamente ampliada en el marco de un sistema multiestatal¹⁰.

⁸ Geoffrey Ingham, *The Nature of Money*, Cambridge, 2004; David Graeber, *Debt: The First 5.000 Years*, Nueva York, 2011.

⁹ Ellen Meiksins Wood, *Empire of Capital*, Londres y Nueva York, 2003 [ed. cast.: *El imperio del capital*, Barcelona, 2004].

¹⁰ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Times*, Londres y Nueva York, 1994 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, col. «Cuestiones de antagonismo», Ediciones Akal, 1999].

Encontramos aquí otras divisiones estructurales constitutivas de la sociedad capitalista: la división «westfaliana» entre «nacional» e «internacional», por una parte, y la división imperialista entre centro y periferia, por otra, ambas basadas en la división más fundamental entre una economía capitalista crecientemente planetaria, organizada como un «sistema-mundo», y un mundo político organizado como un sistema internacional de Estados territoriales. Estas divisiones están también mutando en la actualidad, a medida que el neoliberalismo agota las capacidades políticas en las que el capital se ha basado históricamente, tanto en el plano estatal como en el geopolítico. Como resultado de este agotamiento, las condiciones de posibilidad políticas del capitalismo son también un aspecto importante y un punto crítico de las crisis capitalistas. Podría decirse mucho más acerca de cada uno de estos puntos; pero la tendencia general de mi argumento debería estar clara. Al efectuar mi explicación inicial del capitalismo, he demostrado que sus características «económicas» de primer plano dependen de condiciones «no económicas» de fondo. Un sistema económico definido por la propiedad privada, la acumulación de valor autoexpansiva, mercados de trabajo libre y otros insumos importantes para la producción de mercancías, y por la asignación del excedente social por el mercado, se hace posible por tres condiciones de fondo cruciales, relacionadas respectivamente con la reproducción social, la ecología de la Tierra y el poder político. Para entender el capitalismo, por lo tanto, necesitamos relacionar su relato aparente con estos tres relatos subyacentes. Debemos conectar la perspectiva marxiana con la feminista, la ecológica y las teóricas políticas (teórica estatal, colonial/poscolonial y transnacional).

Un orden social institucionalizado

¿Qué tipo de animal es el capitalismo de acuerdo con esta interpretación? La imagen que he elaborado aquí difiere de forma importante de la idea familiar de que el capitalismo es un sistema económico. Puede haber parecido a primera vista, ciertamente, que las características básicas que hemos identificado eran «económicas». Pero esa apariencia era equívoca. Una de las peculiaridades del capitalismo es que trata sus relaciones sociales estructurales como si fuesen «económicas». Descubrimos enseguida, de hecho, que era necesario hablar de condiciones de fondo «no económicas» que posibilitaban la existencia de dicho «sistema económico». No son características de una economía capitalista, sino de una *sociedad* capitalista; y concluimos que esas

condiciones de fondo no deben eliminarse de la imagen sin más, sino que es necesario conceptualizarlas y teorizarlas como parte de nuestra comprensión del capitalismo. El capitalismo es, por lo tanto, algo más que una economía.

La imagen que he esbozado difiere, igualmente, de la consideración de que el capitalismo es una forma cosificada de la vida ética, caracterizada por una mercantilización y una monetarización generalizadas. Desde ese punto de vista, como articulaba el celebrado ensayo de Lukács sobre «Reificación y consciencia del proletariado», la forma mercancía coloniza toda la vida, estampando su marca en fenómenos tan diversos como el derecho, la ciencia, la moral, el arte y la cultura¹¹. En mi opinión, la mercantilización dista mucho de ser universal en la sociedad capitalista. Allí donde está presente, por el contrario, depende para su misma existencia de zonas no mercantilizadas. Sociales, ecológicas y políticas, estas zonas no mercantilizadas no reflejan simplemente la lógica de la mercancía, sino que representan distintos principios normativos y ontológicos propios. Por ejemplo, las prácticas sociales orientadas a la reproducción (entendida como algo opuesto a la producción) tienden a engendrar ideales de cuidado, responsabilidad mutua y solidaridad, por jerárquicas y provincianas que puedan ser¹². De modo similar, las prácticas orientadas a la organización política, como algo opuesto a la economía, hacen referencia a menudo a principios de democracia, autonomía pública y autodeterminación colectiva, por muy restringidas o excluyentes que estas puedan ser. Por último, las prácticas asociadas con las condiciones de fondo del capitalismo, en la naturaleza no humana, tienden a fomentar valores como la protección ecológica, la no dominación de la naturaleza y la justicia entre generaciones, por románticas y sectarias que estas puedan ser. Mi objetivo, por supuesto, no es idealizar estas normatividades «no económicas», sino registrar que divergen de los valores asociados con el primer plano del capitalismo: ante todo, crecimiento, eficiencia, intercambio igual, decisión individual, libertad negativa y promoción meritocrática.

Esta divergencia es la que marca toda la diferencia en nuestra conceptualización del capitalismo. Lejos de generar una sola lógica dominante de la cosificación, la sociedad capitalista se diferencia normativamente, abarcando

¹¹ Georg Lukács, *History and Class Consciousness: Studies in Marxist Dialectics*, Londres, 1971 [ed. cast.: *Historia y consciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1978].

¹² Sara Ruddick, *Maternal Thinking: Towards a Politics of Peace*, Londres, 1990; Joan Trento, *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*, Nueva York, 1993.

una determinada pluralidad de ontologías sociales distintas pero interrelacionadas. Está por ver qué ocurre cuando estas colisionan. Pero la estructura que las sostiene ya está clara: la topografía normativa específica del capitalismo deriva de las relaciones que hemos visto entre el primer plano y el fondo. Si nuestro objetivo es desarrollar una teoría crítica del capitalismo, debemos sustituir la interpretación del mismo como una forma cosificada de la vida ética por una perspectiva estructural más diferenciada.

Si el capitalismo no es ni un sistema económico ni una forma cosificada de la vida ética, ¿qué es? Mi respuesta es que deberíamos concebirlo como un orden social institucionalizado, a la par que, por ejemplo, el feudalismo. Entender el capitalismo de este modo subraya sus divisiones estructurales, en especial las separaciones institucionales que yo he mostrado. Constitutiva del capitalismo, como hemos visto, es la separación institucional entre la «producción económica» y la «reproducción social», una separación sexista que establece formas de dominación masculina específicamente capitalistas, aun cuando también permite la explotación capitalista de la fuerza de trabajo y, mediante ella, su modo de acumulación oficialmente sancionado. También definitoria del capitalismo es la separación institucional entre la «economía» y la «organización política», una separación que aparta de la agenda política de los Estados territoriales los asuntos definidos como «económicos», al tiempo que libera al capital y lo deja vagar por una tierra de nadie transnacional en la que cosecha los beneficios del ordenamiento hegemónico y elude el control político. Igualmente fundamental para el capitalismo, por último, es la división ontológica, preexistente pero masivamente intensificada, entre su fondo «natural» (no humano) y su primer plano «humano» (en apariencia no natural). Hablar del capitalismo como un orden social institucionalizado, basado en dichas separaciones, es, por lo tanto, sugerir su imbricación estructural, no accidental, con la opresión sexista, la dominación política –tanto nacional como transnacional, colonial y poscolonial– y la degradación ecológica; en conjunción, por supuesto, con su dinámica de primer plano igualmente estructural y no accidental de explotación del trabajo.

Con esto no pretendo sugerir, sin embargo, que las divisiones institucionales del capitalismo sean estáticas. Por el contrario, como hemos visto, el *dónde* y el *cómo* establecen exactamente las sociedades capitalistas la línea entre producción y reproducción, economía y organización política, naturaleza humana y no humana varían históricamente, de acuerdo con el régimen de acumulación. De hecho, podemos conceptualizar el

capitalismo competitivo del *laissez-faire*, el capitalismo de monopolio regido por el Estado y el capitalismo neoliberal globalizador precisamente en estos términos: como tres formas históricamente específicas de separar la economía de la organización política, la producción de la reproducción y la naturaleza humana de la no humana.

Enfrentamientos por los límites

Igualmente importante es que la configuración exacta del orden capitalista en cualquier tiempo y lugar depende de la política: del balance de poder social y del resultado de las luchas sociales. Lejos de ser algo dado sin más, las divisiones institucionales del capitalismo se convierten a menudo en focos de conflicto, puesto que los actores se movilizan para cuestionar o defender los límites establecidos que separan la economía de la organización política, la producción de la reproducción y la naturaleza humana de la no humana. En la medida que su objetivo es el de reubicar los procesos cuestionados en el mapa institucional del capitalismo, los sujetos del capitalismo se inspiran en las perspectivas normativas asociadas con las diversas zonas que hemos determinado. Esto lo observamos en la actualidad. Algunos opositores al neoliberalismo, por ejemplo, se inspiran en los ideales de cuidado, solidaridad y responsabilidad mutua, asociados con la reproducción, para oponerse a los intentos de mercantilizar la educación. Otros reúnen nociones de protección de la naturaleza y justicia entre generaciones, asociadas con la ecología, para militar a favor de un cambio a las energías renovables. Y otros invocan ideales de autonomía pública, asociados con la organización política, para defender controles internacionales sobre el capital y ampliar la responsabilidad democrática más allá del Estado. Dichas reivindicaciones, junto con las contrarrevindicações que inevitablemente suscitan, son la materia exacta de la lucha social en las sociedades capitalistas, tan fundamental como las luchas de clase por el control de la producción de mercancías y la distribución del plusvalor a las que Marx daba primacía. Estos enfrentamientos por los límites, como los denominaré, modelan decisivamente la estructura de las sociedades capitalistas¹³. Desempeñan una función constitutiva en la consideración del capitalismo como un orden social institucionalizado.

¹³ Nancy Fraser, «Struggle over Needs: Outline of a Socialist-Feminist Critical Theory of Late-Capitalist Political Culture», en N. Fraser, *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis y Londres, 1989.

Concentrar la atención sobre los enfrentamientos por los límites debería impedir cualquier falsa impresión de que la opinión que he esbozado sea funcionalista. He empezado, ciertamente, por caracterizar la reproducción, la ecología y el poder político como condiciones de fondo necesarias para el relato económico aparente del capitalismo, resaltando su funcionalidad para la producción de mercancías, la explotación de los trabajadores y la acumulación de capital. Pero este momento estructural no capta el relato pleno de las relaciones entre el primer plano y el fondo del capitalismo. Coexiste, por el contrario, con otro «momento» ya insinuado, que es igualmente importante y que emerge de caracterizar lo social, lo político y lo ecológico como reservorios de normatividad «no económica». Esto implica que, incluso aunque estos órdenes «no económicos» hacen posible la producción de mercancías, no son reducibles a esa función posibilitadora. Lejos de quedar completamente agotadas por la dinámica de acumulación o de estar completamente subordinadas a ella, cada una de estas moradas ocultas alberga distintivas ontologías de la práctica social y los ideales normativos.

Estos ideales «no económicos» están, además, preñados de posibilidad para la crítica política. En especial en tiempos de crisis, es posible volverlos contra las prácticas económicas fundamentales asociadas con la acumulación de capital. En tales tiempos, las divisiones estructurales que normalmente sirven para segregar las diversas normatividades dentro de sus propias esferas institucionales tienden a debilitarse. Cuando las separaciones no se sostienen, los sujetos del capitalismo —que viven, después de todo, en más de una esfera— experimentan un conflicto normativo. Lejos de introducir ideas desde el «exterior», se basan en la propia normatividad compleja del capitalismo para criticarlo, movilizándolo a contracorriente la multiplicidad de ideales que coexisten en ocasiones incómodamente, en un orden social institucionalizado y basado en divisiones entre el primer plano y el fondo. La visión del capitalismo como un orden social institucionalizado nos ayuda, por lo tanto, a entender que es posible criticar al capitalismo desde dentro.

Pero este punto de vista sugiere también que sería erróneo interpretar románticamente la sociedad, la organización política y la naturaleza, como algo situado «fuera» del capitalismo e inherentemente opuesto a él. Ese punto de vista romántico lo sostienen en la actualidad muchos pensadores anticapitalistas y activistas de izquierdas, incluidos feministas culturales, ecologistas acérrimos y neonanarquistas, así como

muchos partidarios de las economías «plurales», «poscrecimiento», de «solidaridad» y «populares». Estas corrientes tratan demasiado a menudo el «cuidado», la «naturaleza», la «acción directa» o la «comunitarización» como elementos intrínsecamente anticapitalistas. Pasan por alto, en consecuencia, el hecho de que sus prácticas favoritas no solo son fuentes de crítica, sino también parte integrante del orden capitalista. El argumento a este respecto es, por el contrario, que la sociedad, la organización política y la naturaleza surgieron de manera concurrente con la economía y han evolucionado en simbiosis con la misma. Son, en efecto, los «otros» de esta última, y solo adquieren su carácter específico en contraste con ella. La reproducción y la producción forman, por lo tanto, un par en el que cada término está codefinido por medio del otro. Ninguna tiene sentido sin la otra. Lo mismo puede decirse de organización política/economía y naturaleza/humano. Parte integrante del orden capitalista, ninguno de los ámbitos «no económicos» proporciona un punto de observación completamente externo que permita suscribir una forma de crítica absolutamente pura y plenamente radical. Los proyectos políticos que apelan a lo que imaginan ser el «exterior» del capitalismo acaban, por el contrario, reciclando por lo general estereotipos capitalistas, al contraponer la atención femenina a la agresión masculina, la cooperación espontánea al cálculo económico, el organicismo holístico de la naturaleza al individualismo antropocéntrico. Basar las luchas propias en estas oposiciones no es cuestionar, sino reflejar involuntariamente, el orden social institucionalizado de la sociedad capitalista.

Contradicciones

De esto deducimos que una interpretación adecuada de las relaciones entre el primer plano y el segundo plano del capitalismo debe reunir tres ideas distintas. En primer lugar, los ámbitos «no económicos» del capitalismo sirven como condiciones posibilitadoras de fondo para su economía; esta última depende para su existencia de valores y aportaciones de los primeros. En segundo lugar, sin embargo, los ámbitos «no económicos» del capitalismo tienen peso y carácter propios, que pueden en ciertas circunstancias proporcionar recursos para la lucha anticapitalista. Estos ámbitos forman parte, no obstante, y este es el tercer argumento, de la sociedad capitalista, constituidos a la vez históricamente en unión con su economía, y marcados por su simbiosis con ella.

Hay también una cuarta idea, que nos devuelve al problema de las crisis con el que he empezado. Las relaciones entre el primer plano y el fondo del capitalismo albergan fuentes de inestabilidad implícitas. Como hemos visto, la producción capitalista no es autosostenida, sino que se aprovecha de la reproducción social, la naturaleza y el poder político; pero su orientación a la acumulación infinita amenaza con desestabilizar sus propias condiciones de posibilidad. En el caso de sus condiciones ecológicas, lo que está en riesgo son los procesos naturales que sostienen la vida y proporcionan los insumos materiales para el aprovisionamiento social. En el caso de sus condiciones de reproducción social, lo que está en peligro son los procesos socioculturales que aportan las relaciones de solidaridad, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sostienen la cooperación social, al tiempo que aportan los seres humanos adecuadamente socializados y diestros que constituyen el «trabajo». En el caso de sus condiciones políticas, lo que está en peligro aquí son los poderes públicos, tanto nacionales como transnacionales, que garantizan los derechos de propiedad, hacen cumplir los contratos, arbitran disputas, reprimen las rebeliones anticapitalistas y mantienen la oferta de dinero.

He aquí, en lenguaje de Marx, tres «contradicciones del capitalismo», la ecológica, la social y la política, que se corresponden con tres «tendencias a la crisis». A diferencia de las tendencias a la crisis resaltadas por Marx, sin embargo, estas no derivan de contradicciones internas en la economía capitalista. Se basan, por el contrario, en contradicciones entre el sistema económico y sus condiciones de posibilidad de fondo: entre economía y sociedad, economía y naturaleza, y economía y organización política¹⁴. Su efecto, como ya se ha señalado, es el de suscitar una amplia gama de enfrentamientos sociales en la sociedad capitalista: no solo luchas de clases en el punto de producción, sino también enfrentamientos por los límites acerca de la ecología, la reproducción social y el poder político. Esas luchas, respuestas a las tendencias a la crisis inherentes en la sociedad capitalista, son endémicas a nuestra concepción ampliada del capitalismo como un orden social institucionalizado.

¿Qué tipo de crítica al capitalismo deriva de la concepción aquí esbozada? La visión del capitalismo como un orden social institucionalizado exige una forma de reflexión crítica múltiple, muy similar a la desarrollada

¹⁴ Véase James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, núm. 1, 1988, pp. 1-22.

por Marx en *El capital*. Tal y como yo lo interpreto, Marx entrelaza una crítica de sistemas a la tendencia inherente del capitalismo a la crisis (económica), una crítica normativa a su dinámica intrínseca de dominación (de clase), y una crítica política al potencial de transformación social emancipadora inherente en su forma característica de lucha (de clases). La concepción que yo he esbozado implica un entrelazamiento análogo de aspectos críticos, pero aquí el tejido es más complejo, ya que cada aspecto es internamente múltiple. La crítica a la crisis sistémica no solo incluye las contradicciones económicas analizadas por Marx, sino también las contradicciones entre ámbitos aquí analizadas, que desestabilizan las necesarias condiciones de fondo para la acumulación de capital al poner en peligro la reproducción social, la ecología y el poder político. La crítica a la dominación, igualmente, no solo abarca las relaciones de dominación de clase analizadas por Marx sino también las de dominación de género, la dominación política y la dominación de la naturaleza. La crítica política abarca, por último, múltiples conjuntos de actores –clases, sexos, grupos de *status*, naciones, *demoi*, posiblemente incluso especies– y vectores de lucha: no solo luchas de clases, sino también enfrentamientos por los límites, acerca de las separaciones entre la sociedad, la organización política o la naturaleza, por un lado, y la economía, por otro.

Lo considerado lucha anticapitalista es, por lo tanto, mucho más amplio de lo que tradicionalmente han supuesto los marxistas. Tan pronto como superamos el relato aparente y entramos en el relato subyacente, todas las condiciones de fondo indispensables para la explotación de los trabajadores se convierten en focos de conflicto en la sociedad capitalista. No solo las luchas entre el trabajo y el capital en el punto de producción, sino también las luchas por los límites relativos a la dominación de género, la ecología, el imperialismo y la democracia. Pero, igualmente importante, estas últimas aparecen ahora bajo otra luz: como luchas dentro del propio capitalismo, en torno al mismo y, en algunos casos, contra él. Si se entendiesen a sí mismas en estos términos, sería concebible que estas luchas pudieran cooperar o unirse.